



IGLESIA Y SOCIEDAD

La grandeza del amor conyugal, visto como encuentro*

Alfonso López Quintás

Encontrarse de verdad no es fácil, pero es posible. Veámoslo de cerca, analizando lo que implica el verdadero amor conyugal y cómo se logra.

El escritor francés Jean Guitton compartió el horror y la soledad de un campo de concentración con varios miles de jóvenes. Esta experiencia le inspiró la observación siguiente: «Son raros los espíritus que poseen un conocimiento penetrante de las potencias de la vida y una incorruptible libertad frente a ellas» (*L'amour humain*, Aubier, Paris 1948, p. 11). ¿De verdad son pocas las personas que conocen el sentido y el alcance del amor humano conyugal?

Se cuenta que un niño pequeño se acercó a un amiguito y le dijo al oído: «Oye, ¿sabes lo que me han dicho mis padres? Que los niños vienen de París». Y el otro, muy seguro de sí, le contesta: «¡Ah, pues tú no les digas nada. Que lo sigan creyendo...!» Sin duda, este crío daba por hecho que estaba en el secreto de todo. Tal vez conozca algún detalle biológico relativo a la procreación. Pero ¿sabe cuál es el sentido de la vida sexual? ¿Qué relación tiene con el amor? ¿Qué consecuencias acarrea cuando es desgajada del amor personal?

En la película de François Truffaut *Jim et Jules*, una joven sostiene relaciones íntimas con dos chicos. Luego se casa con uno de ellos, pero mantiene la misma forma de vida. Todo parece transcurrir plácidamente, tan plácidamente como el agua del viejo molino que han restaurado y en el que ahora viven. Pero en un momento dado, cuando todo parecía sonreír a los tres jóvenes, uno de ellos dice una frase inquietante: «Hemos jugado con las fuentes de la vida y hemos perdido». Poco después, sin que mediara ninguna reyerta, la joven invita a su amigo a dar un paseo en coche y pide al marido que abra bien los ojos. Se pone al volante, arranca, y, al pasar por un puente, da un giro brusco y se precipita al río. La película termina con la estampa patética del marido, que contempla cómo dos pequeñas urnas de cenizas son depositadas en sendos nichos.

Me gustaría preguntar al niño del cuento, que parece saberlo todo, por qué acabó trágicamente esta historia en apariencia idílica. ¿Podía haberse previsto que movilizar frívolamente las fuerzas de la vida llevaría a la destrucción? Sin duda alguna. Desde el principio estaba claro que los tres jóvenes eran unos ilusos pues ese tipo de “amor” no podía durar. Pero ¿cómo puede preverse eso? Nos interesa sobremanera aclararlo debidamente, porque en la actualidad cunde la sospecha de que «el amor duradero es imposible». En su obra *Enemies of Eros* (Bonus Books, Inc., Chicago 1989), la escritora norteamericana Maggie Gallagher indica que muchos jóvenes norteamericanos rehúyen casarse por miedo a que su unión no sea duradera. En el fondo, la cuestión es la siguiente: ¿Somos unos ilusos cuando ponemos ilusión en el amor?

* Estos temas los trato ampliamente en las obras: *El amor humano. Su sentido y su alcance* (Edibesa. Madrid, 1994), *El secreto de una vida lograda* (Palabra. Madrid, 2004).

La garantía de que el amor perdure

La verdad es que menudean los fracasos matrimoniales. Y entre los jóvenes se extiende el temor a comprometerse de por vida. Les parece una temeridad. Y lo es si no hay garantía alguna de que el amor pueda perdurar. ¿Existe tal garantía? Sí existe, y no consiste en

conocerse en el aspecto sexual antes del matrimonio -como a veces se piensa ingenuamente- y en tener una información pormenorizada de todas las cuestiones relativas al ejercicio de la sexualidad. *La única garantía de que el amor perdure es que sea auténtico, que tenga la debida calidad y no sea una caricatura.* Si doy por hecho que la vida de amor se reduce a saciar apetencias instintivas –propias del *nivel 1*-, juzgaré imposible que el amor perdure (*nivel 2*). Pero no puedo contentarme con esta idea pobrísima del amor. Tengo que descubrir que el amor es algo mucho más rico y más difícil de lograr: consiste en una forma muy alta y valiosa de unidad.

Veámoslo en concreto, siguiendo de cerca una historia de amor. Juan y María empiezan a tratarse. (Para simplificar, dediquemos nuestra atención a la actitud de uno solo de ellos, por ejemplo Juan). A Juan le encanta María, le gusta estar con ella, conversar, acompañarla. A este gusto le llama *amor*. Pero, ¿de verdad ama a María? Si lo que ama, en realidad, son las cualidades de María que le resultan agradables, se ama a sí mismo, ama el halago y el hechizo que le producen tales cualidades. Si éstas desaparecen -debido a una enfermedad, o a los estragos que hace el tiempo, o dejan de resultarle placenteras por el embotamiento que produce en la sensibilidad la repetición de estímulos-, Juan proclamará, sin duda, que «el amor ha desaparecido». Pero se equivoca. Él nunca *amó* a María; *apetecía* su presencia, que es bien distinto. El mero apetecer no es todavía amar. Juan puede tener un deseo vehemente de unirse con María, y piensa tal vez que la unión sexual es la forma más intensa y valiosa de unirse. Por eso da por hecho que tal deseo significa amor. Vuelve a equivocarse de nuevo. La avidez erótica, de por sí, no implica más que el afán de satisfacer un impulso. Yo puedo tener tal avidez y no amar a la otra persona en cuanto persona sino en cuanto sacia mi apetito. Este tipo de amor egoísta reduce la otra persona a medio para mis fines. No me saca de mi soledad, no crea unidad, no puede llamarse amor.

Es mal comienzo iniciar la relación amorosa de esta forma insincera, falsa, inauténtica. Juan se percata de ello, y me pregunta qué debe hacer para orientar debidamente su relación amorosa con María. Mi respuesta es la siguiente: «Escucha tu voz interior, la que te dice lo que debes hacer para vivir como persona y dar a tu vida el sentido que ella misma exige. Tú eres persona, y cuanto hagas debe tener un carácter personal. En el caso de la relación amorosa, has de dirigir la atención hacia la persona de María, no hacia el provecho que puedas sacar de su amistad. Tú sientes atracción hacia ella. Es como una llamada que experimentas en tu interior. Te ves apelado gozosamente. ¿Has pensado hacia dónde te llama esa voz? ¿Te invita sencillamente a tomar a María como fuente de gratificaciones, o te insta, más bien, a crear con ella una relación de intimidad personal? Evidentemente, es lo segundo. Si reduces a María a un mero medio para obtener complacencias, la rebajas de rango, la envileces. Y tal envilecimiento es injusto respecto a toda persona y, mucho más, respecto a la persona a quien dices amar. Esa atracción que sientes debe ser el comienzo de una vida de amistad íntima. La intimidad personal es una forma de unión altísima que no se adquiere con el mero estar cerca y tratarse e incluso complacerse mutuamente. La relación de intimidad hay que crearla, y para ello deben cumplirse las condiciones de la creatividad».

Las condiciones de la creatividad y del encuentro

La primera condición para ser creativo es abrirse a otras realidades, porque la creatividad es dual: nadie puede ser creativo a solas. Un pianista, para ser creativo, necesita un piano. De modo semejante, para ser creativo en la vida ética, necesito a las demás personas. Por eso debo abrirme a ellas, no para dominarlas y ponerlas a mi servicio sino para fundar con ellas relaciones de respeto, estima y colaboración. Esta colaboración y ese respeto sólo son posibles si se adopta una actitud básica de generosidad.

Hemos llegado a un punto crucial en el análisis de la vida amorosa auténtica. Amigo Juan: tú quieres a María, deseas crear con ella una relación amorosa sólida, prometedora. Si de verdad lo quieres, debes tomar cuanto antes una opción, de forma lúcida, voluntaria y firme: *elige el camino de la generosidad, no el del egoísmo*. Toma la generosidad como un ideal en tu vida. Ya sabes que el ideal no es una mera idea, es una *idea motriz*, una idea que encarna un valor muy alto y nos invita a asumirlo como una meta en nuestra existencia.



El que es generoso no intenta nunca reducir de valor a la otra persona; al contrario, la ayuda a perfeccionarse. Pero hoy sabemos por la ciencia que el hombre se desarrolla como persona a medida que se va *encontrando* con otras personas, con instituciones, con obras culturales, con paisajes y pueblos, con la tradición, con el Dios que se nos revela en Jesucristo... Por eso, el hombre generoso hace cuanto exige el encuentro. ¿Dices que amas a María? No cejes hasta *encontrarte de verdad con ella*. Y no olvides que encontrarse no es yuxtaponerse, es entreverar todo el ámbito de la propia vida con el ámbito de la vida de la otra persona; es ofrecerse posibilidades, enriquecerse mutuamente.

Para entreverarse de esta manera, hace falta *sinceridad*. Si no eres sincero, sino mentiroso o falaz, despiertas la desconfianza en María. Ésta ve que te manifiestas como no eres; reservas ciertas parcelas de tu ser y no te entregas de verdad. Esa falta de confianza le impide abrirse, hacerte confidencias, fundar intimidad contigo. Al no haber apertura, es imposible el entreveramiento y, por tanto, el encuentro.

Además de sinceridad, el encuentro exige *sencillez, humildad*. Si eres altanero, tenderás a tratar a María como un ser inferior, incapaz de aportarte nada valioso. Esa posición orgullosa te impedirá compenetrarte con ella para enriqueceros mutuamente. Te recluirá en tu soledad prepotente. Hará inviable el encuentro.

Pero no sólo se requiere sencillez y sinceridad. Para encontrarse hay que intentar *comprender* a la otra persona, *vibrar* con sus deseos y proyectos, *simpatizar* con ella. ¿Quieres a María? Esfuérate en ser simpático con ella, verla desde su mundo, no desde el tuyo. Debemos ser simpáticos con todas las personas que nos rodean, pero mucho más con aquella que queremos convertir en la compañera de la vida. Tal simpatía exige sacrificio, olvido de los propios intereses y atención a la vida ajena.

Esa atención, si ha de ser clarividente y penetrar en la intimidad de la otra persona, necesita el auxilio de la *imaginación*. Para comprender cómo es María, cuáles son sus anhelos más profundos, qué le pide a la vida, qué espera de ti, necesitas imaginártelo. No está sencillamente ante tu vista. Debes anticiparlo con la imaginación.

Tal anticipación implica, por una parte, despego de lo que tienes a mano, de ese cuerpo adorado que tal vez desees poseer y disfrutar y, por otra, atención a lo más profundo de la persona de María. Esta atención a lo profundo y ese despego de lo superficial constituyen la *libertad interior* o *libertad creativa*. El que es libre no elige, en cada momento, lo que más apetece; elige lo que le ayuda a realizar el ideal que adoptó en la vida. Tu ideal, querido amigo, es amar a María, fundar con ella un modo muy elevado y valioso de unidad. Si eliges lo que te lleva a ello, eres libre. Si no te dejas arrastrar por los instintos que te instan a buscar ganancias inmediatas, muestras tener soberanía de espíritu, libertad interior. El hombre libre no se empasta con las sensaciones agradables de cada instante; sobrevuela la vida, y opta por aquello que, aun siendo difícil, le ayuda a realizar su vocación y su ideal.

Para ello debe discernir el valor que tiene cada acción y asumir el valor superior. Es una ley de vida que, para conseguir un valor superior, necesitamos renunciar a valores inferiores. Esta renuncia supone un *sacrificio*, pero éste no implica una *represión*, como se nos viene diciendo desde hace al menos dos siglos. Yo me reprimo si renuncio a un valor y me quedo en vacío. Si lo hago para conseguir un valor más alto, no me reprimo, no bloqueo el desarrollo de mi personalidad; lo llevo adelante.

Necesidad de jerarquizar los distintos valores

Lo agradable es un valor. Juan lo advierte cada día en su trato con María. Y siente la tentación de pensar que, aumentando la dosis de experiencias agradables, va a conseguir la medida colmada del amor. Por eso, tal vez desee prolongar las caricias hasta la relación sexual plena. De conseguirlo, creerá seguramente que ya lo ha logrado todo de María, y que ambos han escalado la cima del amor. Sería un error fatal, porque confundiría la *saciedad erótica* con la *plenitud personal*, y empobrecería inmensamente su vida de amor.

Este descubrimiento es decisivo para orientar bien la vida amorosa. Lo agradable es un valor, ciertamente. Pero su valor consiste, ante todo, en *ser detector de valores más altos*. Tomo un pescado fresco, y me gusta. Este gusto entraña un valor, no sólo porque me agrada sino principalmente porque me asegura que tal alimento será provechoso para mi salud, que es en mi vida algo más valioso que un gusto pasajero.

Amigo Juan: no te quedes nunca en el primer valor que encuentres. Vete más allá, busca aquello a lo que tal valor te remite. La relación cordial con la persona hacia la que sientes atracción te produce agrado y te conmueve el ánimo. Esta conmoción agradable te está revelando lo grande que es la meta del proceso amoroso; meta que es la persona amada, en cuanto persona, no sólo en cuanto haz de cualidades apetitosas. Cuando se atiende a las cualidades de una persona y no a la persona que las ostenta, se corre riesgo de abandonarla si nos defrauda en alguna medida debido a algún defecto. El principito, en el

conocido relato de Saint-Exupéry, abandonó a su flor porque era vanidosa. A medida que ganó madurez y comprendió lo que es el encuentro personal, se dio cuenta del error que había cometido. Este error no lo alejó definitivamente de la flor, porque su ideal era la amistad. Y, una vez que logró encontrarse con el piloto, retornó a su asteroide para encontrarse de verdad con su flor. Los errores y los fallos son subsanables si nuestra actitud básica no es de cerrazón egoísta sino de apertura generosa (Cf. *El principito*, Alianza Editorial, Madrid. Un amplio comentario puede verse en mi obra *Cómo formarse en ética a través de la literatura*, Rialp. Madrid, 2008).

Esa apertura requiere *libertad interior*. Hay que ser libre interiormente para poder amar con autenticidad. El que se deja arrastrar por sus fuerzas instintivas y no las ordena a la realización del gran ideal de crear una profunda unidad personal convierte los *instintos* en *pasiones*, es decir, en fuerzas indómitas que no le permiten adaptarse respetuosamente a lo que es y quiere ser la otra persona y a lo que es y debe llegar a ser él mismo. La sumisión a los instintos hace al hombre *impaciente*.

La paciencia consiste en saber esperar, adaptarse a los ritmos naturales de crecimiento de cada realidad. La intimidad corpórea puede conseguirse rápidamente; tiene un ritmo que cabe acelerar a voluntad. En un minuto es posible conseguir tal intimidad. Si Juan toma como ideal de la vida acumular sensaciones agradables y excitantes, sin duda querrá lograr cuanto antes este tipo de intimidad, que será para él conmovedora. Pero entonces su voz interior le dirá más o menos esto: “No seas insensato, porque la intimidad corpórea no sólo debe tener un *significado* sino también un *sentido*. Para ti *significa* mucho porque te encanta. Este es el significado de tal acción. Pero su sentido consiste en ser *expresión viva de la intimidad personal*. Nadie necesita decírtelo. Es tu misma vertiente corpórea la que te advierte que no puede ser reducida a mero medio para el logro de unas gratificaciones pasajeras y superficiales, por halagadoras que sean. El valor que encierra este halago remite a un valor más alto: la *intimidad personal*. Y esta intimidad sólo se logra a través de un ritmo lento de maduración”. Todo lo vivo requiere tiempo para madurar. Piensa en un grano de trigo, por ejemplo. Nadie puede llevar a sazón un grano de trigo en una tarde. Mucho más sucede esto con una relación personal. Figúrate que acabo de conocer a una persona y le digo: «De ahora en adelante seremos amigos íntimos». Ella podría contestarme con toda razón: «No tengo inconveniente en tratarle, pero la intimidad personal no se improvisa, requiere tiempo y todo un proceso».

En consecuencia, si te dejas llevar de tu impulso instintivo y fuerzas la intimidad corpórea de María sin tener todavía intimidad personal con ella, desajustas los ritmos de vuestros seres personales, los enfrentas entre sí y agotas en agraz una amistad prometedor. En cambio, si tienes paciencia, sabes esperar a que madure la intimidad personal y llegue el momento en el que ya no amas solamente el agrado que te producen las cualidades atractivas de María, sino que la amas *como persona*, de forma que, aunque tales cualidades se amengüen o incluso desaparezcan, no dejas de amarla; al contrario, sigues haciéndolo con un amor más depurado, menos impulsivo y egoísta. En el seno de este amor personal, la intimidad corpórea propia del ejercicio de la sexualidad adquiere todo su sentido y su dignidad. Se pone en verdad.

Cuando se ama a una persona como persona, hay encuentro, y *el encuentro hace surgir nuevos motivos para amarse*. Por eso el amor perdura. El encuentro abre muchas posibilidades de unión distintas de la sexual e independientes del impulso pasional, que por ley de vida es efímero. Al ir creando tales modos de unión, se renueva el vínculo amoroso, se lo mantiene lozano aunque vayan desapareciendo paulatinamente los motivos que suscitaron la atracción primera. Esa renovación constante es la virtud de la *fidelidad*, que concede al hombre soberanía sobre sus actos y lo libera de la volubilidad frívola.



La generosidad y la perduración del amor

Nos habíamos preguntado si hay una garantía de que el amor va a perdurar. Ya vislumbramos la respuesta. *El amor puede durar e incluso incentivarse si el que ama adopta una actitud de generosidad que conduce al encuentro*. La gran riqueza de los que se aman radica en el hecho de encontrarse. De ahí que *la formación para el amor sea formación para el encuentro*.

Lo decisivo es, por tanto, la actitud que adoptamos respecto a la persona amada. El joven que inicia la vida amorosa debe preguntarse seriamente qué intenta con ese amor, qué objetivo pretende alcanzar, qué ideal persigue al iniciar esa relación tan encandilante. ¿Se reduce a obtener sensaciones placenteras, o consiste en crear vínculos de amistad profunda?

En el congreso realizado por la asociación juvenil IUVE sobre las relaciones prematrimoniales (Madrid, 4-4-1987), un joven preguntó a los ponentes de una mesa redonda hasta dónde se puede llegar en el trato amoroso con la persona amada. Yo le hubiera contestado de esta forma: lo decisivo en este asunto no es *hasta dónde se puede llegar sino de dónde hay que partir*, es decir, *qué actitud se debe adoptar desde el principio*. Si comienzas tu vida de amor con una actitud posesiva y hedonista, pues lo que deseas expresa o tácitamente es dominar y disfrutar, cualquier gesto amoroso que realices, por parco que sea, carecerá de sentido, será literalmente insensato. En cambio, si tu actitud respecto a la persona amada es de colaboración respetuosa, ya que tu meta no es tanto servirte a ti mismo cuanto colaborar al desarrollo personal del ser amado, te encontrarás con él, en sentido riguroso, y este encuentro te dará luz para discernir en cada momento qué acciones tienen pleno sentido para ambos y no resultan, por tanto, mezquinas sino nobles. Es noble toda acción que posibilita el encuentro porque cumple las exigencias del mismo.

Estas exigencias -veracidad, sencillez, libertad interior, paciencia, imaginación creadora, fidelidad...- reciben el nombre de *virtudes*. El término “virtudes” significaba para los latinos *fuerzas*, capacidades en orden al logro de la perfección personal. Cultivar las virtudes es indispensable para desarrollarse como persona. No es tarea exclusiva de quienes se consagran al cultivo de la vida espiritual. Es obligación estricta de todo ser humano, por cuanto tiene el privilegio de poder configurar su vida.

La generosidad y la adquisición de las virtudes

En este momento, Juan me preguntará, sin duda, cómo puede adquirir esas virtudes y llegar, mediante ellas, al verdadero encuentro amoroso. La respuesta es obvia: *fomentando la generosidad*. Este es un punto clave para nuestro tema. Todo el que desee unirse a otra persona de forma íntima, sólida, perdurable, debe realizar acciones que incentiven la generosidad, y evitar cuanto encrespa el egoísmo. Juan desea unirse a María, y piensa posiblemente que la relación sexual le va a procurar una unión muy intensa. *Intensa* en el sentido de excitante y halagadora, muy posiblemente; pero esa unión conmovedora ¿es de por sí fecunda? ¿Da lugar a un modo de unidad robusto, generoso, perdurable? Los seductores lo afirman, juran amor eterno cuando desean saciar su avidez erótica, pero, una vez logrado su propósito, no dudan en alejarse y afirmar lo mismo a la próxima amante. Para el que tiene como ideal en la vida acumular sensaciones agradables, la palabra «amor» significa mera *apetencia*, y el objeto apetecido no tiene otra función y otro valor que el de colmar un deseo. Considerar un mero deseo y una mera apetencia como auténtico amor es un espejismo siniestro.

Tras un largo noviazgo, dos jóvenes se casan. Parecen estar muy unidos y llevar una vida placentera. Pero un mal día el marido le dice a la mujer: «Me voy, porque en realidad a quien amo es a una compañera del trabajo». ¿De verdad la *ama*? ¿O está fascinado por su juventud y por la mayor rentabilidad que obtiene egoístamente de la relación sexual con ella? Si entiende el amor como un medio para procurarse sensaciones agradables, puede afirmar que «ama» a esa persona, pero, al hacerlo, empobrece la idea de amor hasta límites grotescos, ya que pierde de vista la cualidad más elevada del amor: *su condición generosa y creativa*. El que comete ese atropello ¿puede esperar que el amor sea perdurable?

Para evitar estos graves errores, no debemos confundir la *intensidad* de una unión con su *fecundidad*. La unión sexual tiene un carácter *embriagante* y, por tanto, *empastante*, te saca de tus casillas y parece unírte de modo muy profundo. Pero es posible que con quien te unes de verdad es con tu afán de concederte la máxima dosis de halago. El instinto siempre pide más y más. Pide para uno mismo. Por eso, cuando se toma como una meta el saciar las pulsiones instintivas, acaba uno obsesionándose con los propios intereses y encerrándose en la soledad del propio yo. Todo tipo de placer biológico es individualista, cerrado. No es comunicable. Puede darse simultáneamente en dos personas, pero cada una lo vive a solas.

De ahí que, en la vida amorosa, buscar lo agradable de forma exclusiva encierra al hombre en su soledad; con ello, amengua en él la generosidad y aviva el egoísmo. Este egoísmo nos hace crueles, implacables en la búsqueda de más goces. Si estoy plegado sobre mí y sólo busco saciar mis apetencias, estaré a tu lado en cuanto satisfagas mi avidez. Cuando dejes de realizar esa función, te abandonaré incompasivamente. Seré muy complaciente mientras me sirvas para mis fines. No tendré el menor miramiento en cuanto necesite buscar otros recursos para conseguir mis metas. Esta actitud raquílica, elemental y ruin es inspirada por el egoísmo. El egoísta se mueve por intereses. Se repliega avaramente sobre sí mismo. Rehúye el darse porque teme perderse si se entrega a alguien que está *fuera* de él. Y lo está cuando todavía no hay encuentro.

En cambio, el hombre generoso no teme descortezarse confiadamente para injertarse en otra persona y enriquecerse con su savia, como sucede con las plantas. Por eso vibra con la vida de la persona amada, con sus problemas y sus cuitas. Esta vibración implica ternura y simpatía.

Esta actitud abierta y simpática concede al hombre generoso una gran amplitud de miras: da importancia a las tendencias instintivas agradables, pero no las autonomiza, no las toma como una meta; las conjuga con las energías que proceden de los ideales, sobre todo del gran *ideal de la unidad*. Sabe que los instintos humanos no se cierran sobre sí mismos. Por eso los engarza en la gran tarea de fundar modos verdaderos de encuentro.

Lo antedicho nos permite prever que Juan y María, si son generosos, se tratarán con *ternura personal*, no con mera *efusividad erótica*. La efusividad erótica reduce la otra persona a cuerpo halagador. La ternura personal toma los gestos corpóreos como expresión viva del afecto a la persona. En consecuencia, el que se muestra tierno de esa manera nunca realiza nada que pueda dañar al ser amado. Y nada produce más daño espiritual y más desagrado que observar que una acción íntima carece de sentido personal por ser reducida a medio para lograr una satisfacción pasajera. No olvidemos que *cada forma de relación corpórea que establezcan dos personas debe expresar el grado de intimidad que han logrado entre ellas*. Dar la mano, abrazar, besar, tener relación sexual... son gestos expresivos que deben responder, por este orden, a modos cada vez más profundos de intimidad. Si no existe tal grado de intimidad, carecen de sentido. Es insensato realizarlos.

Cómo incrementar la generosidad

Pero entonces -me preguntará Juan-¿qué debo hacer para intensificar mi unión personal con María de modo que pueda haber garantía de que nuestro amor perdure? No lo dudes -le contesto-: realiza lo que te haga más generoso con ella, menos cerrado en tus intereses, menos polarizado en torno a tu yo. No olvides que, si quieres *poseer* a María como una propiedad, o la consideras como *un medio para tus fines*, no puedes crear una relación de *encuentro* con ella. El encuentro es posible entre personas, no entre una persona y un objeto, porque el encuentro pide colaboración, enriquecimiento mutuo. Al no ser creativo, no puedes ser *fiel*, pues ser fiel no significa *aguantar*, sino crear, en cada momento, lo que uno en cierto momento prometió crear. Para ser fiel hay que ser creativo, y para ser creativo se debe adoptar una actitud básica de generosidad.

Por eso, quienes dirigen ciertas campañas de «información sexual» debieran pensarlo bien antes de reducir la vida sexual a mera fuente de gratificaciones individuales egoístas. Porque orientar a un niño y a un joven hacia un ideal de egoísmo significa cegar en él toda posibilidad de cumplir las exigencias de la actividad creativa, exigencias que se condensan en una básica: la actitud de generosidad.

Esta actitud generosa debemos mostrarla en cada instante de la vida cotidiana. Imagínate, amigo Juan, que una tarde de domingo te apetece ir al cine con María, o al campo, o incluso a algún lugar donde puedas disfrutar de su compañía a solas. Piensas que,

al hacerlo, le pruebas tu amor y lo avivas todavía más. Pero, a última hora, María te comunica que tiene un familiar enfermo y le agradecería ir a visitarlo. En principio, te contraría el cambiar de plan. Pero sé generoso, no pienses en ti sino en ella y en la buena obra que podéis realizar juntos. Acompáñala de buen grado, haz la visita con ternura y simpatía, sin mostrar mal humor por el sacrificio que estás llevando a cabo, y al final verás que vuestra unión ha salido inmensamente fortalecida. Comprobarás por ti mismo con gozo que amarse no es mirarse el uno al otro; es mirar juntos en una misma dirección *valiosa*. (Añado este adjetivo a la conocida frase de A. de Saint-Exupéry, en su obra *Tierra de los hombres*, para otorgarle su sentido pleno). Grabemos bien esta idea, que es una clave para toda la vida de amor: *Nada une tanto a dos personas como hacer el bien en común*.

Cuando dos novios se acostumbran a unirse a través de algo valioso en que ambos participan, se hacen muy comprensivos mutuamente, pues se despegan de sus apetencias particulares, de sus planes e intereses; aprenden a no imponerse gratuitamente, a saber ceder si es necesario, a respetar la personalidad del otro; se esfuerzan en estimar y asumir los valores que la persona amada considera como la fuente de su obrar y el sentido de su vida. Esta actitud nos une estrechamente.

La decisión de casarse

La meta del noviazgo consiste en elevar la *atracción* del principio (*nivel 1*) al rango de verdadero amor, de *amor personal* (*nivel 2*). Una vez que Juan ama a María como persona, advierte que su amor ha madurado y presenta una condición sobresaliente: es *incondicional* y *desinteresado*, no depende ya de las cualidades que prendieron su atención en un primer momento. Cuando esto sucede, llega el gran momento de la decisión, porque Juan no teme ya comprometerse. Y lo hace con la seguridad de quien ha sabido y querido optar por lo más valioso: «*María,*



tengo muchos motivos para amarte, pero ahora eres tú, tu persona misma, el gran motivo que los ensambla a todos y los supera. Por eso quiero vivir contigo de por vida, en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y compartir el ideal de la unidad”.

Esta decisión suscita todos los *sentimientos* que implica el encuentro: alegría, entusiasmo, paz, amparo, júbilo festivo... Pero decidirse es un acto de la *voluntad*. En él se *compromete* la persona entera. Tal compromiso confiere al joven una gran madurez porque lo hace *responsable*. Juan responde a la oferta de amistad que le brinda María y se hace responsable de lo que tal respuesta implica: la formación de un hogar.

Esta madurez les permite a ambos, María y Juan, acceder a la boda con garantía de éxito, tanto si la realizan en el juzgado como en la iglesia. Pero hay una diferencia entre ambas formas de casarse. En el juzgado se promete cumplir las leyes que regulan la vida matrimonial, mas no se alude a la *calidad* de la forma de unión que se va a crear. En el

matrimonio religioso -en concreto, el cristiano-, los novios prometen que van a esforzarse en fundar un modo de unidad cada día más valiosa, de suerte que vaya asemejándose lo más posible a la unidad que tenía Jesús con el Padre y con los hombres; una unidad de condición tan alta que lo llevó a dar la vida por amigos y enemigos.

Al unirse dos jóvenes de esta manera, se convierten en portavoces de todo el universo. El mundo fue creado por amor, y debe volver a su origen, que es Amor. Toda realidad, al existir conforme a su naturaleza, está inmersa en este círculo amoroso. El astro, al recorrer su órbita, da testimonio del amor del Creador, pero no lo sabe. Y lo mismo la flor, al expandir su perfume. Quien lo sabe es el hombre. El hombre sabe que la gran meta de su vida, su ideal, su vocación más honda como hombre es crear las formas más valiosas de unidad y retornar así, consciente y libremente, al Creador, que se define como Amor. Al prometer que van a instaurar entre ellos ese modo altísimo de unión que es un hogar, los novios dan voz a todas las realidades del universo y cierran el circuito de amor iniciado en la creación. En cambio, el que rompe la unidad entre los seres humanos y con la naturaleza provoca un cortocircuito en el universo; no coopera en la tarea creadora; la entorpece.

El matrimonio, escuela de amor auténtico

Pero Juan y María han apostado por el verdadero amor y ya son *esposos*. Ya están en la gran escuela del buen amar que es la vida en matrimonio. Para adquirir la alta sabiduría que supone el amar bien, Juan y María deben orientarse conjuntamente hacia el ideal de la unidad y la entrega generosa, no hacia el ideal de la posesión y el dominio. Al hacerlo, renuncian en buena medida a la *libertad de maniobra*. En



adelante, no podrán maniobrar a su antojo, configurar su vida por su cuenta. Deberán acompañar su ritmo, vivir dualmente. No pocos estiman que con ello pierden toda su libertad. Es un error. Imagínate a un pianista y a un violinista que interpretan, por ejemplo, la *Sonata a Kreuzer* del gran Beethoven. No pueden tocar a su aire, deben ajustar el *tempo*, empastar el sonido, sintonizarse en todo momento. Al hacerlo, amenguan su libertad de actuar a capricho, pero incrementan al máximo su *libertad creativa*, su capacidad de dar vida a una obra. La unión que crean el uno con el otro y ambos con la obra es de altísima calidad.

De modo análogo, los casados ponen su *libertad de maniobra* al servicio de su *libertad creativa*, su capacidad de crear en común un hogar y realizar el milagro de dar vida en él a nuevos seres. Pocas realidades encontramos en la vida tan valiosas como un hogar, un «focus», un lugar donde arde el fuego del amor oblativo. Crear algo tan valioso requiere una *libertad interior* capaz de superar el apego a los propios intereses. Tal forma de libertad supone una notable elevación de espíritu.

Esta elevación la conseguimos al dejarnos inspirar por un gran ideal. Si nos dejamos arrastrar por los instintos, bloqueamos la libertad creativa, perdemos nobleza de ánimo y nos volvemos mezquinos. Tender al ideal del encuentro *nos da ilusión*. Tomar como ideal la satisfacción erótica *nos hace ilusos*.

Podría alguien decirme: “¡Quédate tú con la fecundidad y grandeza del amor personal. Yo quiero las sensaciones vivas, puras, independientes de toda labor creativa. Me basta con lo que presenta el amor de placentero y excitante!”. Esta reacción es comprensible en el *nivel 1*. Las ganancias inmediatas satisfacen nuestro afán de manejar y disfrutar. Pero, si nos sentimos *satisfechos* con ellas, bloqueamos nuestro desarrollo, renunciamos a crecer. No podemos renunciar a crecer y nos enfrentamos a la exigencia de todo ser vivo a desarrollarse. Todos los seres vivos dan de sí lo que les exige su realidad. Las plantas y los animales lo hacen automáticamente, por un impulso interior. Sólo el hombre tiene el privilegio de hacerlo consciente y libremente. Tu realidad misma te pide que crezcas, que desarrolles debidamente las posibilidades que ella te brinda. No es opcional el crecer o no crecer, el tener madurez, el amar de verdad, el hacer el bien. Tú y yo tenemos derecho a optar por unas posibilidades u otras, pero no para empobrecer nuestra personalidad, achicando sus horizontes de vida. No hace falta que alguien te mande ser auténticamente libre y dar a tu vida de amor el carácter de encuentro que le corresponde. Tu voz interior te lo ordena, por ser una exigencia de tu misma realidad personal.

Cuando ciertas personas y grupos sociales nos invitan a entregarnos a las gratificaciones inmediatas, sin preocuparnos de crear formas elevadas de unidad, puede parecer que nos brindan una felicidad fácil, a la medida de quienes no se sienten con vocación de héroes. De hecho, nos tienden una trampa mortal, porque el hombre sólo tiene equilibrio y felicidad si integra las diversas energías de que dispone: las que proceden de los instintos y las que irradian los ideales. El que deja rienda suelta a las primeras y no moviliza las segundas queda expuesto a toda suerte de extremismos destructores porque la sensibilidad es insaciable.

Las tres grandes tareas del noviazgo

Como clave de bóveda que aúne todo lo antedicho, me permitiría hacer a Juan y María una última recomendación. Estáis comenzando, ilusionados, a descubrir el mundo del amor y deseáis tener una garantía de que éste va a perdurar. Hay una forma segura de conseguirlo. Pensad a *qué tipo de amor* estáis llamados. No os quedéis cortos; tomad como ideal una forma de amor muy valiosa, y entregaos a ella. No os contentéis con simulacros. Los deseos no son el canon de nuestra conducta, y resultan perturbadores si se desligan de nuestro ideal. Vivid con ilusión el ideal del encuentro. No toleréis que alguien empobrezca vuestra vida futura al reducir el *amor a mero erotismo*. El amor está destinado a ejercer una función importante en vuestra vida. Si le dais su verdadero sentido y alcance, vuestra vida tendrá pleno sentido y os sentiréis felices.

Para lograr esta meta, no debéis perder el tiempo del noviazgo en bagatelas. Consagradlo a realizar estas tres tareas:

1. Ejercitar la inteligencia, y hacernos una idea cabal de lo que es el amor humano.
2. Fortalecer la voluntad, y aprender a ser libres y optar en cada momento no por lo que más nos apetezca sino por lo que mejor nos conduzca a la realización del ideal de la unidad. Esta libertad hemos de conquistarla día a día, pues nadie puede dárnosla.
3. Afinar la sensibilidad para los grandes valores y cultivar los sentimientos más nobles.

Una vez avivada la sensibilidad, fortalecida la voluntad y clarificada la inteligencia, veréis claramente que la sexualidad adquiere toda su expresividad, su sentido y su valor cuando va unida a una amistad sólida y fecunda. Tomada aparte, se convierte en una energía seductora que amengua al máximo la propia *libertad para ser creativo*.

Queda patente que la investigación ética no tiene por fin aguar la fiesta de la vida mediante prohibiciones y normas; intenta hacer posible la única forma de fiesta auténtica, la que procede del encuentro, el modo más valioso de unidad que puede fundarse entre personas.

A la luz de tal investigación, se comprende que la tarea esencial del noviazgo no es adelantar las prácticas sexuales del matrimonio sino dejarse atraer por el inmenso valor que encierra el amor verdadero, el oblativo y generoso, el que gusta más de dar que de recibir.

Este tipo de amor es capaz de entusiasmarlos al máximo porque nos eleva a un nivel muy alto de bondad, de belleza y creatividad. En ese nivel no existe otro lema de acción que éste: «*Donde no hay amor, pon amor y encontrarás amor*». Si seguimos este consejo de San Juan de la Cruz, tendremos una garantía de que nuestro amor podrá perdurar y ser inmensamente alegre. Pues, en frase del gran pensador Henri Bergson, «la alegría anuncia siempre que la vida ha triunfado» (Cf. *L'énergie spirituelle*, PUF. Paris, 1944, p. 23). Y no hay mayor triunfo que amar de verdad. Vivir un amor de gran calidad, un amor incondicional y duradero es posible, es necesario, es ilusionante, es bellísimo.

Esta honda belleza resplandece en la institución familiar, como lugar nato de creación y despliegue de la vida humana. ■

EL AUTOR

Alfonso López Quintás es doctor en Filosofía, catedrático emérito de Filosofía en la Universidad Complutense (Madrid) y fundador de la Escuela de Pensamiento y Creatividad (www.escueladepensamientoycreatividad.org) y miembro de la Real Academia Española de Ciencias Morales y Políticas.